LA TORMENTA ESPAÑA.indd 1 6/5/26 11:09 a. m.

LA TORMENTA ESPAÑA.indd 2 6/5/26 11:09 a. m.

# LA TORMENTA

CHAI EDITORA

LA TORMENTA ESPAÑA.indd 3 6/5/26 11:09 a. m.

LA TORMENTA ESPAÑA.indd 4 6/5/26 11:09 a. m.

Cynan Jones

# LA TORMENTA

Traducción de MATÍAS BATTISTÓN

Colección dirigida por FEDERICO FALCO

LA TORMENTA ESPAÑA.indd 5 6/5/26 11:09 a. m.

Jones, Cynan

Título original: *Pulse*

© Del texto, Cynan Jones, 2025

© De esta edición, Chai Editora, 2026

© De la traducción, Matías Battistón, 2026

Director de la colección:
Federico Falco

Diseño de portada:
Gonzalo Marín

Foto de portada:
Manuel Castillo

Diseño de identidad y colección:
Lamas Burgariotti

Primera edición en España:
Junio de 2026

ISBN: 979-13-991423-1-0

www.chaieditora.com

LA TORMENTA ESPAÑA.indd 6 6/5/26 11:09 a. m.

*x.*

LA TORMENTA ESPAÑA.indd 7 6/5/26 11:09 a. m.

LA TORMENTA ESPAÑA.indd 8 6/5/26 11:09 a. m.

«El peregrino» se emitió por primera vez por la BBC Radio 4 (2024), al igual que «Cuadrados blancos» (2018). «Los renos» apareció publicado en la antología *The 2022 Short Story Advent Calendar* (Hingston & Olsen Publishing, 2022) y «La vaca» en la antología *Freeman's Animals* (Grove Atlantic, 2022). «El inventario», escrito por encargo como respuesta creativa al trabajo llevado adelante por la red interdisciplinaria Narrating Rural Change, se publicó por primera vez como plaquette (Nightjar Press, 2023) y como parte de la antología *Best British Short Stories* (Salt, 2024). «La tormenta» se publicó primero en *The New Yorker* (2024).

LA TORMENTA ESPAÑA.indd 9 6/5/26 11:09 a. m.

LA TORMENTA ESPAÑA.indd 10 6/5/26 11:09 a. m.

## El peregrino

Cuando apareció la silueta de los dos hombres, los pájaros, extrañamente luminosos bajo la luna, salieron volando de las aguas poco profundas donde el río desemboca en el mar. Los hombres llegaron a la playa, apoyaron la mochila sobre las piedras; luego el más corpulento de los dos se fue a buscar el motor.

La luz de la luna estaba cargada de una profunda intensidad azulada, y el borde blanco del mar se asemejaba al polvo. Donde rompían las olas el agua parecía el borde de un papel al rasgarse. Hacía un sonido suave, efervescente.

Al irse el hombre más corpulento, el más delgado desató las correas de la mochila, desplegó el bote inflable y empezó a hincharlo. Parecía un animal nervioso que camina por el agua, aún más delgado por el traje de neopreno, estaba apoyado sobre una pierna, con la otra subiendo y bajando sobre el inflador. El neopreno tenía por aquí y por allá unos pelos grises de un terrier, como si los atrajera.

Cuando el grandote regresó con el motor al hombro, las gaviotas alzaron el vuelo de nuevo, aunque esta vez cruzaron al otro lado del río.

Una vez inflado el bote, lo llevaron al agua.

El grandote se sentó en el interior y acomodó la mochila y los abrigos, así como las cañas de pescar que habían traído por si alguien los veía; después, el delgado se metió hasta la cintura para llevarlo mar adentro.

LA TORMENTA ESPAÑA.indd 11 6/5/26 11:09 a. m.

El frío le atravesaba el neopreno.

Cuando volvió para coger el motor, los pelos del perro reflejaron la luz de la luna, dando la impresión de que algunas partes del traje estaban bordadas con filamentos grises.

Juntos, los dos hombres colocaron el motor en el espejo de popa y, con el motor inclinado para que no rozara el fondo de las aguas poco profundas, ajustaron las abrazaderas. Después el delgado se subió como pudo.

Con el peso adicional el bote se hundió un poco contra las rocas sumergidas, y el tipo más grandote usó el remo corto para empujarlo y guiarlo hacia el agua mansa, más allá de donde rompían las olas.

Ya a una distancia prudencial, sumergió el motor. Le dio tres buenos tirones a la cuerda de arranque.

El aparato hizo un ruido repentino al cobrar vida, que disminuyó de inmediato cuando el hombre bajó las revoluciones. El motor escupió un poco, gorgoteó; después, el hombre dirigió la embarcación mar adentro.

La luna flotaba sobre la estela revuelta detrás del bote. La luz en esa superficie cambiante parecía surgir del agua misma, al igual que al cavar la tierra esta se tiñe de un color que surge de las profundidades mismas.

Las gaviotas, recortadas contra el acantilado, parecían hechas de cera y cargar con la misma luminosidad del agua, dejándose caer de vez en cuando desde la piedra oscura y desbandándose al



LA TORMENTA ESPAÑA.indd 12 6/5/26 11:09 a. m.

percibir el sonido del bote. Esto despertó cierta inquietud en el corazón del hombre más delgado. Una ligera ansiedad.

En un arranque de furia, rebelándose por dentro contra aquella sensación incómoda, cogió la mochila, que estaba debajo de los abrigos, y sacó un extraño arnés; todavía sentado, se lo puso, arreglándoselas para subirlo hasta la parte superior de las piernas. Se colocó el arnés en los brazos y se lo abrochó en el pecho antes de ajustarlo, regulando las diversas correas, todo eso mientras seguía semisentado.

Se le puso la piel de gallina en el dorso de las manos, y se dijo a sí mismo que era por el aire fresco del bote en movimiento. Pero mientras miraba los acantilados, no pudo evitar pensar que el niño estaba allí arriba en alguna parte, observando, todavía ahí sentado.

*

Cuando había ido a fijar la cuerda esa tarde, lo había visto ahí. Sentado, inexplicablemente, en aquella cima. Al niño. Absorto. Sentado y hecho un ovillo, como si le hubieran dado una patada en el estómago.

El hombre delgado había titubeado en el sendero, haciendo callar al *terrier*. Se había quedado ahí de pie, mientras el olor rancio, marino, de los nidos de gaviota del acantilado de más abajo se alzaba por la calidez del sol de la tarde.

El niño le recordaba a alguien con quien él se solía meter en el colegio; tenía un cuaderno abierto sobre el regazo, como si sostuviera el ala abierta de un pájaro blancuzco para contarle las



LA TORMENTA ESPAÑA.indd 13 6/5/26 11:09 a. m.

plumas. Y por un momento terrible, el hombre pensó: es él. Es el mismo niño.

Cuando el niño giró la cabeza, el hombre se escondió detrás de unos helechos; vio la espuma que dejaban las cigarras en los silenes, cuyas flores pintaban de rosa la pendiente.

*Su escupitajo, colgando, a punto de caer; la piel ruborizada del muchacho.*

*El tamborileo tribal de las correas de la mochila contra el techo del autobús escolar, mientras él la alzaba, sacándola por el tragaluz. Se había inflado como un globo antes de salir volando por el aire.*

Su propia mochila, al agacharse, pesada por la soga enrollada y el lastre de plomo para mantener los cabos sumergidos. El extraño globito del flotador que colgaba de la mochila, que él pensaba atar a la soga de recuperación, ahora una silueta sombría con forma de ojo en el suelo, a su lado.

El *terrier* dejó escapar un gemido de frustración.

Una formación de gaviotas se deslizó por la columna de aire caliente que ascendía desde el acantilado.

No fue culpa mía. No fue culpa mía lo que le pasó a ese muchacho. Yo no fui el único. El muchacho se hizo aquello él solo.

Al pasar, una de las gaviotas brillantes plegó un ala, sin necesidad aparente, y por un momento giró de lado en el cielo, y en ese instante el hombre sintió un aguijonazo de inquietud, como si él mismo hubiera perdido el equilibrio.



LA TORMENTA ESPAÑA.indd 14 6/5/26 11:09 a. m.

No es él. No puede ser.

Pero se parecía tanto. Tan parecido a aquel muchacho. Al de hace tantos años.

*

Los dos hombres ya habían entrado a la sombra oscura del acantilado, con el motor en ralentí, el eco del runrún contra la pared de piedra, el chapoteo lento del agua.

De vez en cuando el bote inflable rebotaba sutilmente sobre las grandes rocas que, incluso con la marea alta, estaban apenas por debajo del agua; tenía menos rigidez ahora, una vez perdido el impulso.

El hombre más delgado alcanzó y enganchó el pequeño flotador con el remo y lo atrajo hacia sí. Desató el flotador y lo dejó caer en el fondo del bote con un golpe sordo; luego abrió el lastre de plomo que había mantenido los dos extremos de la soga en el agua desde por la tarde. Después ató los dos extremos al cabo de amarre de la borda con un nudo flojo y recorrió con la mirada la soga, que parecía desaparecer bajo la sombra nocturna del acantilado.

Podía sentir que el hombre más corpulento controlaba la posición del bote. El motor: tic, choc. La parte que colgaba de la cadena tintineaba contra la carcasa.

El nerviosismo pareció expandirse por el interior del hombre más delgado, que tembló ligeramente. Una vez más, se dijo que era a causa del frío.



LA TORMENTA ESPAÑA.indd 15 6/5/26 11:09 a. m.

El muchacho seguía ahí. No significa nada. *La gaviota esa, girando sin razón*. Es el frío. Te está afectando el frío, nada más.

El hombre más grandote ahora usaba el remo corto para ayudar a mantener la embarcación a unos metros de la base del acantilado, y el delgado estuvo a punto de hablar, de contarle lo del chico y la gaviota, pero entonces miró hacia arriba, al acantilado macizo, tan real, y supo que ya estaba a medio camino, que no había vuelta atrás.

Los pelos del traje de buceo parecían salidos de la barba del hombre más grandote. Como si lo hubiera estado olfateando. Perrito. Así le había empezado a llamar el grandote a él, después de oírlo usar esa palabra con el *terrier*. Vamos, perrito, le decía el grandote.

El delgado se puso la capucha del traje. Parecía un hombre rana. Después se calzó los las botas de seguridad.

Sacó de la mochila el guante de cuero grueso y la bolsa de lona, y se los metió bajo el arnés. Encendió y apagó brevemente la linterna minera; después, se la ajustó en la cabeza. Se puso las gafas protectoras.

Cuando tiró del nudo para comprobar que la soga estuviera bien sujeta al anillo con forma de D unido a su arnés, el temblor que lo sacudía por dentro se volvió más fuerte, como si hubiera tirado del centro mismo de su cuerpo. Sintió que el muchacho estaba en el acantilado, y que era él quien sostenía la soga.

El hombre más grandote dejó el remo, desató el extremo de la cuerda que había quedado atado a la borda y lo ató a un anillo



LA TORMENTA ESPAÑA.indd 16 6/5/26 11:09 a. m.

de su propio cinturón. Miró al hombre más pequeño de un modo particular. Como si realmente fuera un perrito. Entonces el más pequeño encendió la linterna que tenía en la cabeza y se puso de pie, balanceándose en la proa del bote.

La marea los acercó; cuando la proa chocó contra la base del acantilado, el más delgado buscó con urgencia a dónde agarrarse y, aferrándose con fuerza para que la mano le dejara de temblar, salió del bote, tanteando con los pies en busca de algún punto de apoyo.

Por un momento sintió que había quedado suspendido en el vacío. Colgando, con un pie suelto, el agua le empapaba la bota, cada centímetro de su cuerpo temblaba contra la lutita que lo observaba. Después oyó las revoluciones del motor, el burbujeo del agua, sonidos que parecían venir de la piedra misma. Como si hubiera alguna actividad profunda en su interior.

La sensación de la soga al tensarse fue como la sacudida de una ola repentina. El tirón lo separó del acantilado y lo mareó, le dio la impresión de que alguien lo arrancaba de la piedra. La linterna de plástico crujió cuando él se balanceó como un péndulo y golpeó sin fuerza contra el acantilado otra vez, con el neopreno amortiguando el impacto. Entonces, recobró el control. Lo sujetaba la soga, bastaba con no olvidarlo.

El muchacho no significa nada. No es nada. No era el mismo muchacho.

Intentó contribuir de algún modo a su ascenso por el acantilado, pero en realidad se iba izando a medida que el bote se alejaba y el hombre más grandote tiraba de la soga, poniendo una mano delante de la otra.



LA TORMENTA ESPAÑA.indd 17 6/5/26 11:09 a. m.

Las cicatrices y los arabescos en la piedra parecían moverse bajo la luz de la linterna. Lugares de donde asirse con los dedos que se escabullían cuando él alargaba la mano para encontrarlos.

Superficies de piedra fría, lisa e inasible.

Pedazos sueltos de lutita que se desmenuzaban al tocarlos.

Unos metros por debajo del nido encontró un saliente y se plantó, haciendo equilibro, de espaldas al acantilado, con el motor retumbando más abajo y el vértigo horrible de la oscuridad, de la inmensidad, de la altura.

A pesar del miedo, intentó concentrarse en los pichones de halcón peregrino, nacidos sobre el reborde de la piedra desnuda, en la fortuna que debían valer. Bastaba con estirar el brazo. Ahora bastaba con estirar el brazo.

Entonces oyó a los halcones, a los padres de los pichones. Las garras que raspaban la roca, unos graznidos, imprecisos y guturales, que regurgitaban desde sus gargantas.

Empezó a temblar y sintió que se le vaciaban las extremidades. Quería la soga. La soga y nada más. No podía dominar el cuerpo. Trató de meter la mano en el guante grueso de cuero, pero se había quedado sin fuerzas. Y mientras se aferraba a la soga, deseando que todo aquello se terminara de una vez, sintió que estaba más floja. Más líquida.

Muy arriba, bajo el haz de la linterna, vio que la soga estaba atascada en una pequeña fisura, como si la roca la estuviera mordiendo.



LA TORMENTA ESPAÑA.indd 18 6/5/26 11:09 a. m.

Tiró. En vano. Mientras el motor del bote rugía con un aullido inútil, la línea que se extendía hacia el mar empezó a gemir por la tensión. Pálido de miedo, tiró de nuevo.

Y el mundo cedió. Se le vino abajo. El saliente se desprendió. Un aluvión ensordecedor de piedras que se despeñaban por el acantilado, pedazos sueltos que caían al mar. Su cuerpo, *la mochila, inflándose como un globo en el aire, un sollozo ahogado*, la pierna que golpeaba contra el saliente con un crujido que lo atravesó de pies a cabeza. Estaba colgando. Quedó bocabajo y agitó las manos, tratando de volar hacia el acantilado quebradizo, de balancearse, mientras sentía que lo vaciaban por dentro las detonaciones de su corazón, implosiones de aire.

Y salieron del nido. En ese momento. Salieron chillando y revoloteando. Piedra oscura, esquirlas que habían cobrado vida. Abalanzándose sobre él, batiendo sus alas contra él.

La linterna se partió de tal manera que el foco agrietado ahora proyectaba una sombra, un relámpago invertido de luz oscura, que parecía una grieta en el acantilado contra el cual lo mandaba ahora el envíste, unas fauces negras donde terminaría desapareciendo.

*El escupitajo, estirado como una soga.* Colgaba hecho una bola, se estremecía.

Aleteó inútilmente mientras los pájaros se acercaban.

Y hasta en medio de todo aquello, aunque sabía la verdad, aunque la sabía, sentía que era realmente el muchacho quien sostenía la soga. Y eso le daba más miedo que cualquier otra cosa.



LA TORMENTA ESPAÑA.indd 19 6/5/26 11:09 a. m.

Entonces hubo una tregua repentina. Los halcones se lanzaron hacia el cielo negro. Se alejaron del acantilado, del hombre delgado que colgaba ahí, gritando y llorando de pena. Como suplicándole al mundo. Para que no pasara esto. No dejéis que pase esto. Dejad a nuestros hijos en paz.



LA TORMENTA ESPAÑA.indd 20 6/5/26 11:09 a. m.